

que en mi insaciable arrebato pueda embriagarme de amor en tus húmedos labios. Si, tu aliento ha penetrado hasta mi corazón y ha encendido la llama de la voluptuosidad. Encantador objeto de mi tierno frenesí recibe toda mi alma en este beso (1).»

Juzgue el lector cual de los dos poetas expresa con mas entusiasmo su pasión. Los dos parece que comunicaron á sus versos el fuego del sol que brilló sobre su cuna (2).

Hubiera sido interesante ver como Alceo, expulsado de Mitylene por una revolución, cantaba las miserias del destierro y de la tiranía; mas por desgracia no se conserva ya ninguna producción de este poeta (3).

Esopo floreció tambien en aquella célebre época. Paseándose un día por Atenas y viendo que unos ciudadanos se impacientaban bajo el yugo de Pisistrato, les dijo:

«Cansadas las ranas de la independencia que gozaban pidieron un rey á Júpiter. Este se burló de su insensata petición. Redoblaron ellas su importunidad y el señor del olimpo tuvo que acceder á sus clamores. Arrojos un madero que al caer estremeció las aguas del estanque. Las ranas llenas de terror guardaron por de pronto un profundo silencio; luego con el pretexto de saludar al nuevo rey se le fueron arrojando poco á poco hasta que perdido enteramente el miedo, cometieron actos de la mas indecorosa familiaridad, saltando sobre el pacífico monarca é insultando su apocamiento y su condición pacífica. Acudieron nuevamente á Júpiter, y este les envió una cigüeña, que paseándose de un lado al otro del estanque iba devorando cuantos vasallos se presentaban. Aquí fue el lamentarse de las ranas; aquí el dirigir nuevas súplicas al cielo... El soberano de los dioses no hizo caso de ellas... y las dejó á merced de un tirano en castigo de no haber podido sufrir á un buen rey (4).»

¡Cuán pesadamente cae toda la verdad de esa fábula sobre el corazón de un francés! ¡Qué al vivo retrata la historia de esa nación!

La Francia además de su inmortal fabulista se gloria de poseer otro que vió muy de cerca las desgracias de la revolución. Mr. de Nivernois no tiene la naturalidad de Esopo, ni la sencillez de la Fontaine; pero su estilo está lleno de precisión y elegancia, y en él se revela el poeta que ha llegado á envejecerse en los círculos de la buena sociedad.

LA MARIPOSA Y EL AMOR.

Fábula.

«Cierto día la mariposa daba quejas al amor diciéndole: ¡Qué singular capricho es el vuestro! Si hay en el mundo dos seres que verdaderamente hayan nacido el uno para el otro, somos vos y yo: entre nosotros es idéntica la semejanza. Convenid de buena fe en que nadie sino yo debería guiar la vagabunda carrera de vuestro ligero carro. Pero vos empleáis en ese objeto á la mas constante de las aves. Dejad que vaya el pichón á arrullar en torno de Himeneo, y dignaos uncirme á vuestro carro, para que el mundo nos vea volar sin mas guía que el capricho. Amiga mía, contestó el amor, discurre perfectamente, sabes que te amo, aunque no sea mas que por la identidad de nuestras inclinaciones; pero guardémonos bien de presentarnos nunca juntos, porque entonces podíamos dar por acabados nuestros triunfos. No hay verdadera dicha sino en la constancia; yo engaño á los mortales presentándome guiado por las aves que son el

(1) Obras de Parny.

(2) Mr. de Parny nació en la isla de Borbon.

(3) HORAT., lib. II, oda XIII.

(4) Esopo, fab. XIX.

símbolo de ella; sino me valiera de esta apariencia, sino engañara, ay amiga mía, mis aras se quedarían abandonadas (5).»

Ya es tiempo de presentar al lector una preciosa reliquia de la literatura de aquellos tiempos. Todo el mundo conoce á Solon (a) como legislador; pero, como poeta, no es conocido mas que de un reducido número de literatos. Consérvanse muchos fragmentos de sus elegías, que voy á traducir ó á extractar segun su respectivo mérito.

«Ilustres hijas de Mnemosyna y de Júpiter Olímpico! ¡Musas que habitais en el Parnaso! Oid mi súplica. Haced que los dioses inmortales me concedan la felicidad, y que nunca me haga indigno de la consideración que se merece un hombre honrado. Haced que pueda yo siempre ser amable y placentero con mis amigos, y severo y sombrío para sus enemigos, pareciendo tan amable á los unos como terrible á los otros.

«Un poco de oro colmaria mis deseos; mas no lo quiero si ha de ser precio de una injusticia que tarde ó temprano halla su merecido castigo. Las riquezas que los dioses dispensan son duraderas; pero las que los hombres acumulan... no parece sino que ellas les siguen á despecho y no tardan en desaparecer dejando en su lugar la infelicidad.... Detestable es el triunfo del crimen: Dios es el supremo fin de todas las cosas.

«Semejante al viento que agita las olas del mar hasta en las profundidades del abismo, y que despues de haber asolado los campos se remonta súbitamente á los cielos, morada de los inmortales y restablece inesperadamente la serenidad, haciendo que el sol sonría amorosamente á la tierra despues de disipadas las nubes; tal es la venganza de Júpiter.

«Tú que en lo íntimo del corazón ocultas el crimen no presumas permanecer siempre desconocido. El castigo va en pos de tí ó muy inmediato, ó suspendido sobre tu cabeza. Si la divina justicia no te alcanza, día vendrá en que tus hijos inocentes pagarán los atentados de su criminal padre. ¡Ah! Todos, buenos y malos, estamos en la inteligencia de que nuestra opinión es la mejor, hasta el momento que conocemos que nos ha sido perjudicial. Entonces nos quejamos de los dioses, como si ellos tuvieran la culpa de habernos entregado á locas esperanzas....»

El poeta prosigue pintando la imbecilidad humana: el enfermo incurable creyendo alcanzar la salud, el pobre esperando riquezas; unos confiando su vida á merced de las olas, otros desgarrando el seno de la tierra, etc.

«El destino dispensa los bienes y los males; no podemos evitar el fin que él nos prepara. En las mejores acciones hay peligro. Muchas veces los proyectos del sabio fracasan, en tanto que los del insensato llegan á buen término.»

El siguiente pasaje ofrece extremado interés porque pinta la situación moral de Atenas en el momento de la revolución.

«No perecerá la ciudad de Minerva por rigor de los hados sino por la influencia de sus propios ciudadanos. Pueblo y autoridades insensatas que ni podeis poner coto á vuestros deseos, ni gozar en paz de vuestras riquezas, en fuerza de crímenes os vais haciendo acreedores á la desgracia!.... Sin respetar el sagrado derecho de la propiedad, ni del tesoro público, cada cual se apresura á despojar el bien del Estado, sin el

(5) *Diario de Peltier*, núm. 75.

(a) Tiene indudablemente esta fábula cierta especie de elegancia, pero en vista de ella y de las demás composiciones que acabo de citar, no puedo menos de preguntarme ¿á qué contribuirían todas esas citas de poetas elegidos, y ese curso de poesía anacrónica para hablar de la revolución?

menor cuidado de las sacrosantas leyes de la justicia. Pero entre tanto esta justicia pesa vuestros hechos pasados, observa lo presente y así que vea colmada la medida del crimen descargará su inexorable brazo sobre vosotros. Esta es la causa primordial de todos los males de un Estado: este es el delito que se paga con la esclavitud, este es el que enciende el fuego de la guerra civil que devora la juventud. ¡Ah! la amada patria se ve asaltada repentinamente de enemigos; se dan y se pierden batallas, triste origen de lágrimas, y el miserable pueblo cargado de cadenas pasa á ser esclavo de los extranjeros.»

Solon concluye exhortando á sus ciudadanos á mudar de costumbres, y recomendándoles ante todo la justicia: «Esa madre de las buenas acciones, que pone freno á la violencia; templá la exaltación; corrige las leyes, reprime el entusiasmo y sirve de dique al torrente de la exaltación (1).»

Esas elegías políticas (permítaseme la expresión) van acompañadas de otras composiciones de distinto género. Del paralelo entre su pasaje acerca de la vida del hombre y las estancias de Juan Bautista Rosseau, sobre el mismo asunto podran resultar algunas reflexiones llenas de interés.

«Júpiter, dice Solon, da los dientes al hombre durante los siete primeros años de su vida. Antes de recorrer los otros siete le anuncia su virilidad. En el siguiente período hace que sus miembros se desarrollen y cubre su barba de bello. La cuarta época le ve llegar al apogeo de su vigor, y hace brillar su denuedo. En el período de la quinta le obliga á solemnizar la pompa nupcial, y á crearse una posteridad. En la sexta su ingenio se halla apto para todo, y no rehusa sino el trabajo material de manos. Durante la séptima llega al mayor grado de sabiduría y elocuencia y en la octava adquiere el conocimiento del corazón humano. Al llegar la novena época se nota rápidamente el descenso. El que haya recorrido los siete últimos años de su carrera, no acuse á la muerte de haberle cogido de sorpresa (2).»

ODA AL HOMBRE.

«¿Qué es el hombre durante su vida sino un perfecto espejo de dolor? Sus llantos, sus quejidos al venir á este mundo, ¿qué otra cosa son mas que anuncios de las calamidades que le esperan?

«En la época de la niñez todo son lágrimas, maestros de triste catadura, libros de todos colores y castigos de todo género.

«La impetuosa y ardiente juventud lo coloca todavía en peor situación. Entre acreedores y queridas se ve atormentado como un presidiario.

«En la edad madura principia un nuevo combate al verse estimulado por la ambición, el afán de riquezas, el cuidado de la familia y la ambición no le dejan un momento de reposo.

«Al llegar á la vejez todos huyen de él, y lo desprecian: por otra parte le asaltan de tropel la tos, la gota y el mal humor que no le dejan de día y le acompañan de noche.

«Por colmo de miseria cae en poder de la muerte, conociendo que nadie le echará de menos. ¿Merecía esto la pena de haber venido al mundo?» (3).

Solon y Juan Bautista no debieron sin duda representar un mismo hombre, y se valieron de distintos modelos. El primero trabajó con arreglo á lo bello

(1) *Poet. Minor. Græc.*, p. 427.

(2) *Poet. Minor. Græc.*, pp. 431-33.

(3) Si alguna vez reproduzco pasajes demasiado conocidos debe tenerse presente que no tengo tanto empeño en presentar composiciones nuevas, como en citar las que pueden arrojar alguna luz sobre las causas de la revolución, comparando las épocas en que se publicaron, y que además yo me hallaba en país extranjero

ideal antiguo, y el otro se sujetó á las formas góticas de su siglo. En sus obras dejaron huellas del espíritu que les animaba.

Sensible me es tener tambien que decir que el severo autor de las leyes contra las malas costumbres, el restaurador de la virtud en su patria, Solon por decirlo de una vez, manchó la santidad de legislador con el desenfreno de su musa. El tiempo ha devorado sus escritos; mas aun se conserva escrupulosamente su memoria y algunos renglones que aunque inocentes revelan su amor á los placeres.

«Por tí, reina desde hace mucho tiempo en estos sitios.

«Pero que Venus, la del seno perfumado de violetas, me haga montar en un ligero buque y me aleje de esa isla célebre. Que en recompensa del culto que le he tributado, me conceda volver cuanto antes á mi patria.

«Gratos me son los favores de Venus y de Baco, así como los de las Musas que inspiran amables locuras» (4) (a).

He aquí como el autor del *Contrato Social* y del *Emilio* escribió en este género.

«¡Muramos, dulce amiga mía! ¡muramos, adorada de mi corazón! ¿Qué he de hacer de una juventud insípida, cuyas delicias hemos agotado por completo?

No, no son esos arrebatos lo que mas echo de menos.

Devuélveme esa íntima unión de las almas que tú me habias anunciado y que positivamente me has hecho saborear: devuélveme aquella tan dulce languidez, colmada por la efusión de nuestros corazones; devuélveme aquel sueño encantador que yo hallaba en tu regazo, y aquel despertar aun mas delicioso; devuélveme aquellos suspiros, aquellas ardientes lágrimas (5).»

Buen jóven, que lees con ojos enternecidos este pasaje de la humana flaqueza, no te desdénas, no, de cultivar esa preciosa sensibilidad, señal la mas positiva de talento, y tú, hombre perfecto, cuya irónica sonrisa me parece estar viendo, recógete dentro de tí mismo, y apláudete allá á tus solas de tu superioridad; por mi parte no te quiero ni por amigo, ni por lector (6).

CAPITULO XXIII.

LA POESIA EN ESPARTA.—PRIMER CANTO DE TIRTEO, LEBRUN.—SEGUNDO CANTO DE TIRTEO, HIMNO DE LOS MARSELLÉSES.—CORO DE LOS ESPARTANOS, ESTROFAS DE LOS NIÑOS.—CANTO EN HONOR DE HARMODIO, EPITAFIO DE MARAT.

En tanto que Pisistrato y sus hijos procuraban romper por medio de las bellas artes á los atenienses

(4) *Poet. Minor. Græc.*, pp. 431-33.

(a) Aunque en realidad estos fragmentos de Solon no tienen nada que ver con el asunto de este libro, no carecen enteramente de interés. La imbecil opinión moderna, con que la envidia procura consolar á las medianías literarias, suponiendo que no cabe distinguirse como escritor político y de asuntos de imaginación, se ve rechazada por el ejemplo de ese ilustre griego. El ser poeta no le impidió ser un gran legislador, así como tampoco le impidió á Jenofonte ser un consumado político, ni á Ciceron ser elocuente orador, y ni á Julio César su eminente estrategia. ¿Quién fue mas apasionado de la literatura que Richelieu? ¿El autor del *Espíritu de las Leyes* no escribió tambien el *Templo de Guido*? Federico el Grande empleaba mas tiempo en hacer versos que en ganar batallas, y el primer ministro actual de Inglaterra Mr. Canning es poeta. (N. ED.)

(5) *Eucv. Elois.*, tom. II, part. I, p. 117.

(6) ¿No es parecido este pasaje á uno de aquellos grotescos

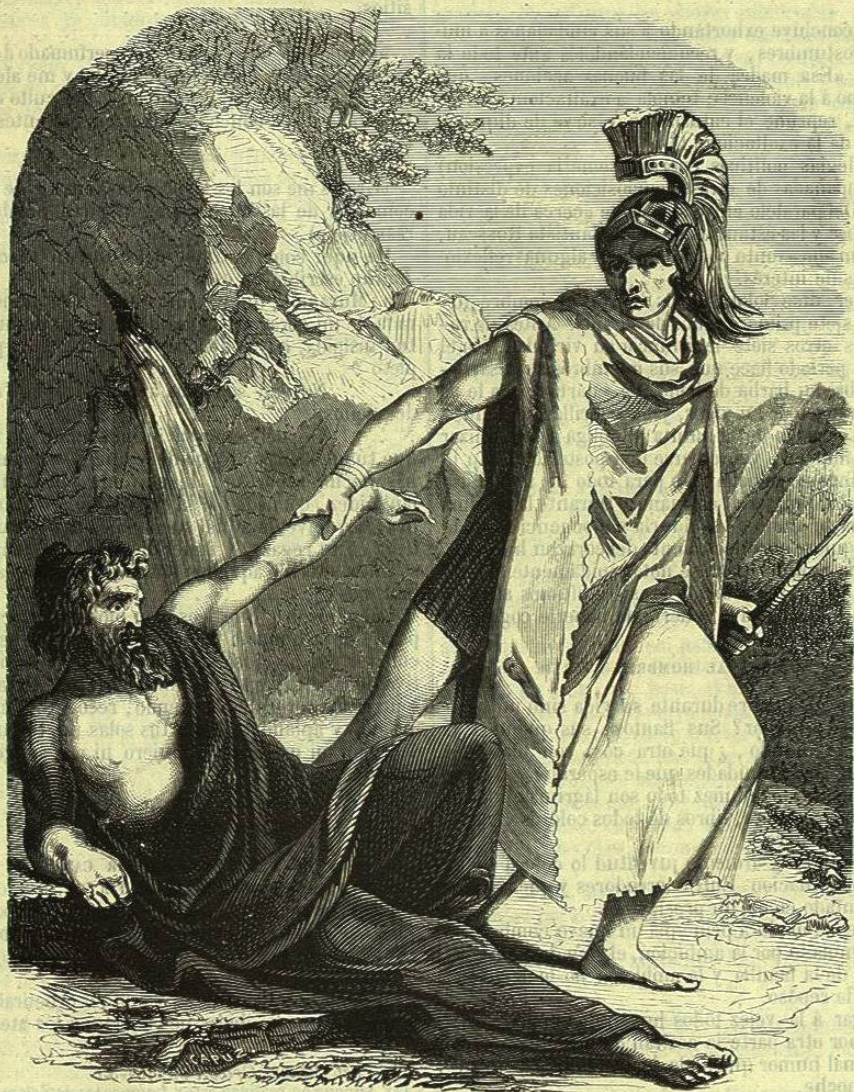
para reducirlos á la esclavitud, se empleaban los mismos recursos en Lacedemonia para sostener la integridad de las costumbres. Así es como la virtud y el vicio ennoblecen ó desfiguran los mas preciosos dones del cielo.

Los versos de Tirteo, que conducian allá en aquellos tiempos á la victoria eran tambien repetidos por los espartanos. Bien merecen la alta celebridad de que gozan. Nada hay mas hermoso, ni noble que los frag-

mentos que de ellos conservamos y que yo me apresuro á ofrecer al lector.

PRIMER CANTO GUERRERO.

« Poco á propósito es para la guerra quien no puede ver con serenidad correr la sangre, y no arde en deseos de aproximarse al enemigo. La corona mas bri-



CRONO PRENDIENDO A SU PADRE CERCA DE UNA FUENTE.

llante es la que está reservada para el guerrero intrépido, la corona que ilustra á los héroes. Verdaderamente útil á su país es el jóven que avanza denodadamente en primera fila, permanece en ella y luego

apóstrofes que Diderot introducía en la *Historia de las Indias*, bajo el nombre del abate Raynal?

¡Rio Adjinga, nada eres! pero en tus riberas nació Elisa, etc.

ageno de toda idea de fuga ignominiosa se precipita al mayor peligro, y da frente al enemigo que halla mas inmediato. Verdaderamente grande, verdaderamente útil es ese jóven.

» Las compactas falanges de enemigos se disipan á su presencia: el torrente de la victoria sigue el curso que el valor de ese jóven le indica. Mas si traspasado el escudo por mil dardos, si cubierto el pecho de mil heridas, cae el denodado guerrero sobre el campo de

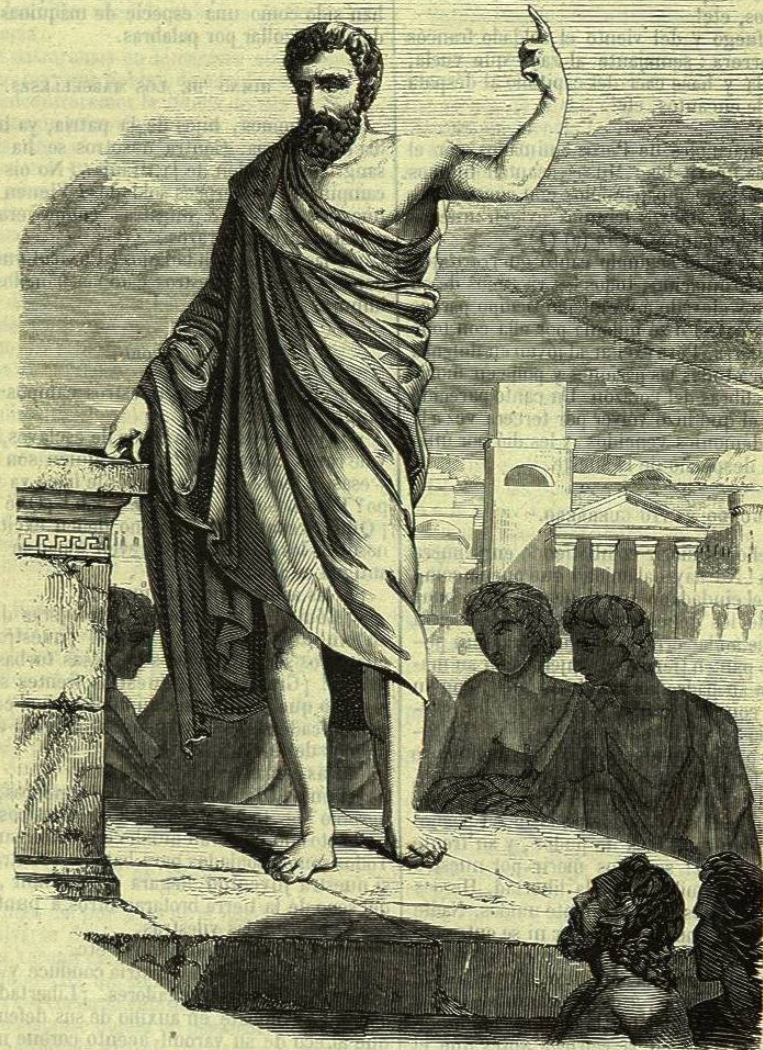
batalla, ¡que honor para su patria! ¡Que honor para sus conciudadanos, y para su padre! Jóvenes y ancianos todos le lloran: en pos de si arrebatada el amor de un pueblo entero. Su tumba, sus hijos, su posteridad la mas remota, merecerán el respeto de los hombres. No, no muere el héroe que da su vida por la patria; no muere: es inmortal (1) »....

Ese pasaje es sublime: no se nota en él ni fingido entusiasmo, ni violenta aplicación de palabras, ni esa ampulosa hinchazon de que Voltaire empezó á que-

jarse (2), y que La Harpe y otros muchos distinguidos literatos (3), trataron en vano de contener. También los franceses celebraron con cantos sus combates; He aquí como Lebrun cantó las victorias de la república.

CANTO DEL BANQUETE REPUBLICANO.

« O día de eterna memoria, embellecete con nuestros laureles. ¡Siglos! apenas podreis creer las victo-



SOLON.

rias de nuestros guerreros: el enemigo puesto en dispersion huye ó muere el polvo.

» ¡Que de encantos tiene Baco cuando está coronado de laureles! Llenemos amigos la copa de la gloria de néctar chispeante y sonrosado. Brindemos,

brindemos por la victoria, fiel amiga de los franceses. Brindemos, brindemos por la victoria.

(2) VOLTAIRE, *Cartas al abate d'Olivet sobre su prosodia*.

(3) Los señores Hins y Fontannes en el *Moderateur*. — Mr. Guinguene en el *Moniteur*, y en la actualidad los redactores de muchos periódicos redactados con elegancia y pureza.

(1) *Poet. Minor. Græc.*, p. 454.

» Ven libertad á presidir nuestras solemnidades y á gozar de nuestras brillantes hazañas. Los Alpes han encorbado sus cabezas y no han podido defender á los reyes: el Eridano da cuenta al mar de nuestras rápidas conquistas. ¡Qué de encantos tiene Baco cuando está coronado de laureles!

» El Adda presenta sobre sus devoradores abismos un puente circuido de rayos: el mismo Marte se detiene admirado al verlo; pero nuestros Alcides se precipitan y atraviesan aquel canal de fuego. La victoria empalidecía al ver tanta intrepidez. ¡Qué de encantos tiene Baco cuando está coronado de laureles!

» Nada resiste al esfuerzo de un pueblo libre, ni las rocas, ni los torrentes, ni el destino: el Sur espanta al Norte con los golpes con que se estremeció el Tiber. Hemos roto el equilibrio de las balanzas de Pitt. ¡Qué de encantos, etc!

» Rival del fuego y del viento el soldado francés triunfa á la carrera: semejante al rayo que vuela, derriba al águila y hace caer del capitolio al déspota sagrado. ¡Qué de encantos, etc!

» Respirad, mármoles de Paros animados por el buril de nuestros Praxiteles: Musas, cantad himnos de nuestros héroes, acompañándolos con vuestras lirras inmortales. Los nuevos triunfos exigen nuevos himnos. ¡Que de encantos, etc!» (a) (1).

Tirteo desplegó en el segundo canto guerrero que estampamos á continuación, todos los recursos de su numen. Patético y elevado á un mismo tiempo parece que gime por la patria ó se inflama por ella con todo el ardor de la guerra. Para excitar al jóven en defensa de su país, invoca todas las pasiones y pone en movimiento todas las fibras del corazón. Un canto parecido á este debió ser el que hizo volver por tercera vez á la carga á los lacedemonios vencidos, y les dió por último la victoria á despecho de la suerte.

SEGUNDO CANTO GUERRERO.

(b) «¡Que bello es morir combatiendo en primera fila por la patria! No hay calamidad que pueda compararse con la del ciudadano que tiene que abandonar su país. Lejos de los deliciosos sitios que le vieron nacer, tiene que andar errante, mendigando un pedazo de amargo pan en tierra extranjera, con su madre querida, con su padre abrumado de años, con su jóven esposa, y con sus tiernos hijos en brazos. Objeto del desprecio de los hombres se va viendo lentamente devorado por la abominable miseria. Su nombre se envilece, sus formas, tan gallardas en otro tiempo, se han desfigurado: una ansiedad insufrible, una enfermedad desconocida se va apoderando de su pecho. No tarda en perder toda idea de pudor, y su frente, ya no se sonroja. ¡Ah! sepamos morir por nuestra patria, por nuestra familia y por la libertad. Héroes espartanos, combatamos estrechamente unidos. Nadie de nosotros se deje dominar del temor ni se entregue á la fuga. Pródigos de vuestra vida precipitaos con generosa resolución sobre el enemigo. Guardaos de abandonar á esos ancianos, á esos veteranos, cuyas rodillas están ya endurecidas por la edad. ¡Qué ignominia si el padre cayera en la refriega antes que el hijo! ¡Qué ignominia sería el verle agitarse por el suelo con su cabeza cana y sus barbas blancas, y cuando el enemigo viniera á despojarle, acudir con sus manos á cubrir su ensangrentada desnudez! Ese anciano es enteramente parecido á los jóvenes guerreros; en su frente brillan aun las flores de la adolecen-

(1) PELT., *Diario*, núm. 60, p. 484.

(a) Este canto es verdaderamente una cosa vulgar, y es tanto más chocante su vulgaridad por estar colocado entre esos dos admirables cantos de Tirteo.

(b) *Poet. Minor. Græc.*, p. 441.

cia. Durante su vida ha sido objeto de adoración de las mujeres y de los hombres, y después de muerto se le ha concedido el honor de una corona. Espartanos, marchemos, pues, contra el enemigo. Marchemos con paso seguro; guarde cada héroe su puesto y muerda sus labios.»

El himno de los marseleses (2), no carece enteramente de mérito: su compositor tuvo el gran talento de comunicarle entusiasmo sin parecer ampuloso. Además esa oda republicana no perecerá porque representa una época de la revolución, y fueron tantas las veces que repitiéndola, consiguieron victorias los franceses que nada mejor puede hacerse que colocarla al lado de los cantos del poeta que hizo triunfar á los lacedemonios. De aquí podemos sacar la triste consecuencia de que en todos tiempos los hombres han sido como una especie de máquinas que se han dejado degollar por palabras.

HIMNO DE LOS MARSELESES.

«Marchemos, hijos de la patria, ya ha llegado el día de la gloria. Contra nosotros se ha levantado el sangriento pendon de la tiranía. ¿No ois mujir por la campiña á esos feroces soldados? Vienen á degollar á nuestros hijos y á nuestras compañeras hasta en nuestros propios brazos.

¡A las armas, ciudadanos! Formad vuestros batallones: queden nuestros campos bañados de sangre impura.

CORO.

Marchemos, queden nuestros campos bañados de sangre impura.

» ¿Qué pretende esa horda de esclavos, de traidores y de reyes conjurados? ¿Para quién son esos grillos y esas cadenas preparadas desde hace ya tanto tiempo? Para nosotros, franceses, ¡ah! ¡Qué ignominia! ¡Qué arrebatos de furor no deben excitar! ¡Somos nosotros los que ellos se atreven á pensar reducir á la antigua esclavitud!

¡A las armas, ciudadanos! etc.

» ¡Cómo! ¡Las legiones extranjeras darían la ley en nuestros hogares! ¡Cómo! ¡nuestros antiguos guerreros serian vencidos por esas turbas de mercenarios! ¡Gran Dios! ¡Nuestras frentes se doblarían al yugo que les impusieran unas manos cargadas á su vez de cadenas! ¡Serian unos infames déspotas los dueños de nuestro porvenir!

¡A las armas, ciudadanos! etc.

» Temblad tiranos, y vosotros traidores, que sois el oprobio de todos los partidos. Vuestros parricidas proyectos no tardaran mucho en recibir su merecido. Todos somos soldados para batirnos contra vosotros: si nuestra juventud llegara á sucumbir, vereis que del seno de la tierra brotarán otros á punto de medir sus armas con las vuestras.

¡A las armas, ciudadanos! etc.

» Sagrado amor de la patria conduce y da esfuerzo á nuestros brazos vengadores. ¡Libertad! ¡libertad adorada, combate en auxilio de sus defensores: Haz que al eco de su varonil acento corone nuestros estandartes la victoria, y que tus enemigos al morir presencien tu triunfo y nuestra gloria.»

¡A las armas, ciudadanos! etc.

(2) Creo que el autor de este himno se llamaba Mr. de l'Isle; pero no era el traductor de las *Geórgicas*. Adviértase por esta nota cuán poco exactas eran las noticias que se tenían en Inglaterra acerca de la revolución francesa; pues no es la poesía, como allí se decía, sino la música, lo que asegura la inmortalidad de este himno. Para coronar tan extravagantes paralelos no me faltaba más que comparar el canto de los libertadores de la Grecia con el epitafio de Marat. (N. ED.)

En las solemnidades patrióticas de Lacedemonia los ciudadanos cantaban á coros.

LOS ANCIANOS.

En otro tiempo fuimos jóvenes, valerosos y atrevidos.

LOS HOMBRES QUE ESTABAN EN EL VIGOR DE LA EDAD.

Ahora lo somos nosotros, y se lo podemos probar al primero que se presente.

LOS NIÑOS.

Nosotros lo seremos algún día, y os llevaremos mucha ventaja (1).

De aquí sin duda tomaron los franceses la idea de la estrofa de los niños añadida al himno de los marseleses, que decía:

«Nosotros entraremos en la carrera cuando nuestros hermanos mayores habrán dejado de existir, y en sus cenizas encontraremos la huella de sus virtudes. Menos deseosos de sobrevivirles que de participar de su gloria, nos cabrá el orgullo sublime de vengarlos ó acompañarlos en la tumba (2).»

Si en este pasaje llevan al parecer alguna ventaja los franceses, hay que tener presente que en Esparta hablaba el ciudadano y en Paris el poeta.

Concluiremos este artículo por los versos que se cantaban en Grecia en honor de los asesinos de Hiparco, y por el epitafio que los franceses escribieron en alabanza de Marat. La miseria y la maldad humana se complacen en repetir los nombres que recuerdan las desgracias de los monarcas: la primera encuentra al obrar de este modo una especie de consuelo, y la segunda se alimenta digámoslo así de las calamidades ajenas: solo un reducido número de seres oscuros se lamentan en secreto.

CANTO EN HONOR DE HARMODIO Y ARISTOGITON.

«Y llevaré mi espada cubierta de hojas de mirto como Harmodio y Aristogiton cuando mataron al tirano y establecieron en Atenas la igualdad de las leyes.

» Querido Harmodio, aun no habeis muerto: se asegura que habitais en aquellas regiones de los bienaventurados donde estan Aquiles, el de los pies ligeros y Diomedes, el valiente hijo de Tideo.

» Llevaré mi espada cubierta de hojas de mirto, como Harmodio y Aristogiton, cuando dieron muerte al tirano Hiparco en el tiempo de las Panateneas.

» Querido Armodio, querido Aristogiton sea inmortal vuestra gloria en premio de haber dado muerte al tirano y restablecido en Atenas la igualdad de las leyes (3).

EPITAFIO DE MARAT.

Marat el amigo del pueblo y de la igualdad, habiendo podido salvarse de los furoros de la aristocracia, aterra con su varonil carácter al enemigo de la libertad desde el fondo de un subterráneo. Una parricida mano se atrevió á cortar la vida de este republicano que siempre fue constante objeto de persecucion. En premio de su inalterable virtud, la nacion agradecida trasmite su nombre á la posteridad (4).

Pido perdon al lector por haberle reproducido la idea de semejante monstruo, por medio de los miserables conceptos de ese epitafio; pero es preciso tener presente el espíritu de la época.

(1) PLUT., *in Lyc.*, traduct. d'Amiot.

(2) DR. MOORE'S *Journ.* En la festividad del Ser Supremo se añadieron otras varias estrofas para los ancianos, las mujeres, etc. Véase el *Moniteur* del 20 prairial (8 de junio), 1795.

(3) *Viaje de Anacarsis*, tom. I, p. 362, nota IV.

(4) *Moniteur* del 18 Noviembre de 1783.

CAPÍTULO XXIV.

FILOSOFÍA Y POLÍTICA.—LOS SABIOS; LOS ENCICLOPEDISTAS.—OPINIONES ACERCA DEL MEJOR GOBIERNO.—THALES, SOLÓN, PERIANDRO, ETC. J. J. ROUSSEAU, MONTESQUIEU.—MORAL; SOLÓN, THALES, LA ROCHEFOUCAULD, CHAMFORT.—PARALELO DE J. J. ROUSSEAU Y HERACLITO.—CARTA Á DARIO; CARTA AL REY DE PRUSIA.

Mientras que las bellas artes principiaban á brillar en todos los puntos de Grecia, marchaban al par de ellas la política y la moral. Habíase reunido una especie de sociedad conocida por el nombre de *Los sabios*, así como en Francia hemos visto formarse la sociedad de los Enciclopedistas. (a).

Pero los sabios de la antigüedad merecieron esa denominacion porque se ocuparon exclusivamente, no de vanos sistemas, sino del bien de los pueblos, diferenciándose completamente de los sofistas que vinieron en pos de ellos y que tan parecidos son á nuestros filósofos modernos.

Al frente de los sabios figuraba Thales de Mileto, astrónomo y fundador de la escuela Jónica (5). Decía este filósofo que el agua es el principio material del universo, sobre el cual Dios habia ejercido su accion (6). Fue tambien el primero que hizo cundir entre los griegos ese espíritu metafísico, tan inútil á los hombres, que tanto mal hizo á su país en lo sucesivo, y que andando el tiempo llegó á corromper nuestro siglo.

Chilon, Bias y Cleóbulo son apenas conocidos, Pitaco y Periandro, á pesar de sus virtudes llegaron á ser tiranos de su patria, reinando, el primero en Mitylene y el segundo en Corinto. Tal vez pensaban como Ciceron que la soberanía preexiste, no en el pueblo, sino en las grandes inteligencias.

Hé aquí las opiniones de esos filósofos por lo relativo á la mejor forma de gobierno.

Segun Solon será aquella en que la masa colectiva de los ciudadanos toma parte en la injuria hecha al individuo.

Segun Bias, aquella en que no hay mas tirano que la ley.

Segun Thales, aquella en que reina la igualdad de fortuna.

Segun Pitaco, aquella en que el mal ciudadano no puede nunca llegar al poder.

Segun Cleóbulo, aquella en que el temor de una reprobacion es mas poderoso que la ley.

Segun Chilon, aquella en que la ley habla en vez del orador.

Segun Periandro, aquella en que el poder está en manos del mas pequeño número de ciudadanos.

Montesquieu deja indecisa esa gran cuestion. Indica los diversos principios de los gobiernos y se contenta con dar á entender que concede la preferencia á la monarquía limitada. «¿Cómo me atreveré á fallar, dice en cierto pasaje de sus obras, por lo tocante á la excelencia de las instituciones políticas, cuando en mi concepto hasta el mismo exceso de razon es perjudicial, y cuando creo que los hombres se acomodan mas á los partidos medios que á los extremos?»

»Cuando preguntan, dice J. J. Rousseau, cuál es el mejor gobierno, proponen una cuestion imposible de resolver por indeterminada, ó si se quiere, porque presenta tantas soluciones buenas, cuantas combinaciones hay posibles en la situacion relativa ó absoluta de los pueblos (7).

(a) Los sabios de Grecia y los Enciclopedistas. ¿Dios eterno! ¿Qué comparacion.

(5) DIOG. LAERT.: *in Thal.*

(6) CIC., lib. I de *Nat. Deor.*, núm. 25.

(7) *Contrat. social.*, lib. III, cap. IX.